

adelanta en edad la humanidad siente el peso de la herencia hacerse más grave y las transformaciones son más difíciles. En lo concerniente á Europa se puede afirmar que la era de la formación de las razas históricas habrá pasado pronto.

LIBRO II

Cómo se manifiestan los caracteres psicológicos de las razas en los diversos elementos de su respectiva civilización

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DIVERSOS ELEMENTOS DE UNA CIVILIZACIÓN
COMO MANIFESTACIÓN EXTERIOR DEL ALMA DE
UN PUEBLO

Los elementos de que toda civilización se compone son las manifestaciones exteriores del alma de los pueblos que les han creado.—La importancia de estos elementos varía de un pueblo á otro.—Las artes, la literatura, las instituciones, etc., desempeñan en la marcha de los pueblos el papel fundamental.—Ejemplos ofrecidos en la antigüedad por Egipto, Grecia y Roma.—Los diversos elementos de una civilización pueden tener una evolución independiente de la marcha general de la civilización.—Ejemplos que suministran las artes.—Lo que éstas representan.—Imposibilidad de hallar en un solo elemento de una civilización el nivel de esta civilización.—Elementos que aseguran á un pueblo la superioridad.—Elementos filosóficamente muy inferiores, pueden ser muy superiores socialmente considerados.

Los diversos elementos lenguaje, instituciones, ideas, creencias, artes, literatura, de que se com-

pone toda civilización, deben ser considerados como las manifestaciones exteriores del alma de los hombres que les han creado. Pero atendiendo á las épocas y las razas, la importancia de tales elementos como expresión del alma de cada pueblo es innegable.

No hay libro moderno alguno consagrado al estudio de las obras de arte, en el que no se afirme que son éstas la más acabada representación del estado intelectual de los pueblos y la expresión más completa de su civilización.

Acaso suceda esto multitud de veces; pero falta mucho para que tal regla sea absoluta y que el desenvolvimiento de las artes corresponda siempre al desenvolvimiento intelectual de las naciones. Si bien es verdad que hay pueblos respecto á los cuales se puede afirmar que sus obras de arte son la más pristina representación de su alma, también lo es que hay otros, muy elevados en la escala de la civilización, en los cuales no ha desempeñado el arte un importante papel. Si alguien tuviese que escribir la historia de la civilización de cada pueblo tomando un elemento para juzgar de su desarrollo, este elemento tendría que variar de uno á otro pueblo. Para unos, sería el arte; para otros, ya las instituciones, ya la organización militar, ya la industria, ya el comercio, etc., lo que nos permitiría conocer mejor la civilización de los mismos. Es un punto este que importa dejar

sentado, porque nos permitirá más tarde comprender por qué los diversos elementos de la civilización han experimentado transformaciones de un pueblo á otro.

Entre los pueblos de la antigüedad, los egipcios y los romanos presentan ejemplos muy característicos de esta desigualdad en el desenvolvimiento de los diversos elementos de una civilización y de cada una de las varias ramas de que cada uno de tales elementos se compone.

Consideremos primeramente el Egipto. En él la literatura tuvo poco mérito y la pintura fué muy mediocre. La arquitectura y la estatuaria, en cambio, produjeron obras maestras. Sus monumentos provocan aún nuestra admiración. Las estatuas que de ellos se conservan, tales como el *Scriba*, el *Cheik-el-Beled*, *Rahotep* y algunos más, serán siempre obras modelos, y sólo en un corto período de producción artística consiguió la Grecia producir otras que les superaran.

De los egipcios pasemos á considerar los romanos, que tan importante papel representaron en el mundo. No les faltaron ni educadores ni modelos adecuados á impulsarles á la producción artística, pues tuvieron á los egipcios y los griegos, y sin embargo no consiguieron crear un arte personal. Acaso ningún pueblo se haya manifestado menos original que el romano en la producción artística. Los romanos se cuidaron poco de las artes, no las con-

sideraron sino desde el punto de vista de la utilidad y no veían en sus obras sino una especie de artículo de importación, semejante á los otros productos, como los metales y las especias, que demandaban á otros pueblos. Siendo ya los dueños del mundo no tenían arte nacional ni aun en la época en que la paz universal, la riqueza y la necesidad de lujo desarrollaron algo su débil sentimiento artístico. A la Grecia fué á quien siempre pidieron artistas y modelos. La historia de la arquitectura y la escultura romanas no es sino un subcapítulo de la historia de la arquitectura y la escultura griegas.

Pero el pueblo romano, tan inferior por sus artes, eleva al más alto grado otros tres elementos de la civilización: Tuvo instituciones militares que le aseguraron la dominación del mundo; instituciones jurídicas y políticas que aún copiamos, y creó una literatura en la cual se ha inspirado la nuestra durante siglos.

Vemos, pues, que la desigualdad de los elementos de la civilización en dos naciones de las cuales nadie dudará que alcanzaron un alto grado de cultura es evidente, y comprendemos los errores á que se expondría quien para juzgar de la civilización alcanzada por cada uno de ellos sólo tomase por base un elemento mismo para ambas, el arte, por ejemplo. Acabamos de ver que hubo en Egipto artes muy adelantadas y originales y una inferior litera-

tura; en Roma un arte de escasísimo valor y sin originalidad y en cambio una literatura de altísimo mérito é instituciones militares, políticas y jurídicas de primer orden.

Los griegos, asimismo, uno de los pueblos que han demostrado mayor superioridad en casi todas las direcciones que la actividad mental puede seguir, nos proporcionan una prueba completa de la falta de paralelismo que hay en la marcha de los varios elementos de la civilización. En la época de Homero su literatura era ya muy superior, pues los cantos homéricos son todavía considerados como excelentes modelos, y la juventud universitaria europea se ve aún obligada á saturarse de ellos, no obstante la secularísima vejez de aquellas producciones; pero, en cambio, los descubrimientos realizados por la arqueología nos han revelado que la arquitectura y la escultura coetáneas de tales cantos eran groseras en alto grado y sólo producían burdas imitaciones de las obras egipcias y asirias.

Pero nadie como los indios nos han puesto de manifiesto en su actividad creadora la desigualdad de desarrollo con que se realizan los diversos elementos de la civilización. Desde el punto de vista de la arquitectura son pocos los pueblos que les han superado; respecto á la filosofía, su pensamiento abarcó tanto y fué tan hondo, que sólo en Europa y en tiempo reciente se ha llegado á tanta

intensidad; juzgados como literatos, no llegaron á la altura de los griegos ni de los latinos, pero no es posible negar que produjeron trozos admirables; respecto á las ciencias y la historia, demostraron ser altamente ineptos, manifestando tener tal falta de precisión como jamás la tuvo ningún pueblo. Sus ciencias no fueron otra cosa que especulaciones infantiles; sus libros de historia, de leyendas absurdas, mejor dicho, no encierran ni un solo dato ni sin duda un solo acontecimiento exactos. He aquí, pues, que el estudio exclusivo del desarrollo de las artes en este pueblo sería insuficiente para obtener conocimiento cierto y exacto de su civilización.

Muchos otros ejemplos se podrían ofrecer aún en apoyo de lo que precede. Hay razas que sin haber ocupado un rango superior consiguieron crearse un arte personal sin parentesco, visible al menos, con los modelos precedentes. Un siglo no había transcurrido todavía desde que invadieron el Occidente, cuando ya habían transformado la arquitectura bizantina, que al principio adoptaron, de tal modo que la nueva arquitectura no parecía, bajo ningún concepto, proceder de aquélla; y sin duda le hubiera sido imposible reconocerlo así á la crítica moderna si no tuviésemos aún ante los ojos los monumentos de transición que se conservan.

Desde el momento en que algún pueblo no po-

sea ni aptitudes artísticas ni literarias, no puede crear una civilización elevada. Tal sucedió á los fenicios, quienes no tuvieron otra superioridad que su habilidad mercantil. Por su mediación se civilizó el mundo antiguo, del cual pusieron en relación recíproca todas las partes; pero, por lo mismo, no pudieron hacer otra cosa y la historia de su civilización no es más que la historia de su comercio.

Hay pueblos en que todos los elementos de la civilización quedaron á bajo nivel menos las artes. Así fueron los mogoles. Los monumentos que elevaron en la India, y cuyo estilo no es indico, son tan espléndidos, que de algunos han dicho artistas muy competentes, que son los más bellos monumentos levantados por la mano del hombre, y sin embargo no habrá quien se atreva á calificar á los mogoles entre las razas superiores.

Se puede afirmar, además, que en los pueblos, aun en los que han alcanzado mayor cultura, pueden llegar las artes á su más alto esplendor sin que aquéllos se hallen por eso en el mayor grado de su desenvolvimiento. Entre los egipcios y los indios se ve que sus mejores monumentos son los más antiguos; En Europa, en la Edad Media, considerada como una edad semibárbara, floreció el arte gótico, arte maravilloso cuyas obras admirables no han sido nunca igualadas en belleza.

Es, pues, de todo punto imposible juzgar del ni-

vel de la civilización de un pueblo atendiendo únicamente al desarrollo de sus artes. Estas no constituyen, repito, más que un elemento de su civilización, y no está demostrado que sea el más elevado. Antes bien, los pueblos que hasta ahora han ido á la cabeza de la civilización, los romanos en la antigüedad y los americanos de nuestros días, tienen una escasísima significación artística. Además, como ya en otra obra hemos demostrado, es en el período semibárbaro de su historia cuando los pueblos dan á luz sus obras maestras literarias y artísticas, y éstas sobre todo. Parece que el período de mayor altura respecto á las artes en un pueblo es una manifestación peculiar de su infancia ó de su juventud, pero no de su edad madura; y si se considera que bajo las preocupaciones utilitarias del mundo moderno á cuya aurora nosotros asistimos el papel de las artes no está marcado apenas, se puede suponer que serán clasificadas entre las manifestaciones, si no inferiores, secundarias al menos, de la civilización.

Muchas razones se oponen á que las artes progresen paralelamente á los otros elementos de la civilización y puedan siempre reflejar el estado de una civilización cualquiera. Ya sea tratándose de Egipto, de Grecia ó de otros diversos pueblos de Europa, comprobaremos que es ley general: que tan pronto como el arte ha alcanzado cierto nivel, es decir, que han sido producidas ciertas obras supre-

mas, comienza para el arte un período de decadencia, independientemente de la marcha de los demás elementos de civilización. Esta faz de la vida del arte subsiste hasta que una revolución política, una invasión, la adopción de una nueva creencia ó cualquiera otro factor, vienen á introducir en el arte nuevos elementos. Es así como en la Edad Media las Cruzadas aportaron ideas y conocimientos nuevos que imprimieron á las artes un nuevo impulso, de donde resultó la transformación del estilo románico en ojival, y como algunos siglos más tarde el renacimiento de los estudios grecolatinos provocara la transformación del arte gótico en arte del Renacimiento; es así también como en la India las invasiones musulmanas ocasionaron la transformación del arte indio.

Importa establecer: que como las artes traducen ciertas necesidades de la civilización, de una forma general y corresponden á determinados sentimientos, se hallan condenadas á sufrir transformaciones en armonía con las que tales sentimientos y necesidades experimenten, y á desaparecer con los unos y las otras. No se ha de seguir de que tal cosa suceda, que se halle la civilización del caso, en decadencia; y aquí surge de nuevo ante nosotros la falta de paralelismo que hemos demostrado que existe entre los elementos de toda civilización al desenvolverse. En ninguna época de la historia ha alcanzado la civilización más alto grado que en la presen-

te actualidad, y tampoco en ninguna, acaso, fué tampoco el arte tan vanal ni menos personal que ahora. Las creencias religiosas, las ideas y las necesidades que hacían del arte un elemento esencial de la civilización en las épocas en que tenía por santuario los templos y los palacios, han desaparecido, y el arte ha venido á ser algo accesorio, una cosa de adorno á la cual no es posible consagrar ni mucho tiempo ni mucho dinero. No siendo una necesidad del espíritu social, no pueden ser sus obras sino artificiosas é imitativas. No hay pueblo en el presente que tenga un arte nacional; todos ellos, así en arquitectura como en escultura, viven de copias más ó menos felices de diferentes épocas.

Ni que reflejen necesidades, ni que reflejen meros caprichos estas modestas copias, es el caso que ellas no traducen nuestras modernas corrientes de ideas. Yo admiro las inocentes obras de nuestros artistas de la Edad Media, pinturas de Santos, de Cristos, del Paraíso y el Infierno, cosas todas efectivamente fundamentales entonces, y que constituían el objeto más alto de la vida; pero cuando los pintores que no tienen tales creencias cubren nuestras paredes con figuras y escenas de leyendas primitivas ó de símbolos infantiles, ensayando la regresión á la técnica de otra edad, no hacen más que miserables imitaciones, sin interés para el presente y que despreciará el porvenir.

Las solas artes reales, las únicas que traducen una época, son aquellas en que los artistas representan en sus obras lo que sienten ó lo que ven, lejos de limitarse á reproducir formas correspondientes á la expresión de sentimientos ó creencias que fueron propias de otros tiempos y que desaparecieron para siempre. La única pintura sincera de nuestros días es la que reproduzca las cosas que nos rodean; y la arquitectura peculiar de los mismos es la de la casa de cinco pisos, el viaducto y la estación del ferrocarril. Este arte utilitario es el que corresponde á las necesidades é ideas de hoy, así como son característicos de una época que pasó ya días ha, la iglesia gótica y el castillo feudal. Para los arqueólogos del porvenir, lo mismo los grandes caravanserrallos modernos que las antiguas basílicas ojivales, tendrán interés (porque serán páginas sucesivas de estos libros de piedra que cada siglo va dejando en pos de sí), á la par que desdeñarán como documentos inútiles las vanas y artificiosas producciones de tantos artistas modernos.

Cada estética representa el ideal de una raza y de una época; y por ser las épocas y las razas múltiples y diferentes, el ideal debe constantemente variar. Desde el punto de vista filosófico, todas las ideas son estimables igualmente, porque no constituyen sino símbolos transitorios.

Las artes son, pues, lo mismo que todos los ele-

mentos de la civilización, la manifestación al exterior del alma del pueblo que las crea; pero hemos de reconocer que no constituyen respecto á todos los pueblos la manifestación más exacta de su mentalidad.

La demostración es necesaria, porque por la importancia que tenga en un pueblo cualquiera elemento de civilización, se mide el poder de transformación que le aplica cuando lo imprime á una raza extranjera. Si su personalidad se manifiesta muy especialmente en las artes, por ejemplo, no habrá de reproducir modelos importados, sin marcar profundamente en ellos la huella de su espíritu; y, por el contrario, transformará poco los elementos que no puedan servir de intérpretes á su genio. Cuando los romanos adoptaron la arquitectura de los griegos, no le imprimieron modificación alguna radical, porque no era en verdad en sus monumentos donde ellos ponían gran cosa la impresión del alma nacional.

Y sin embargo, en un pueblo así, exento de una arquitectura personal, obligado á ir á buscar al extranjero sus modelos y sus artistas, el arte se halla fatalmente sometido á experimentar al paso de los siglos la influencia del medio y á expresar los estados del alma de su raza adoptiva. Los templos, los palacios, los arcos de triunfo, los bajorrelieves de la Roma antigua son obras de griegos ó de discípulos suyos, y no obstante, los caracteres de es-

tos monumentos, su destino, su ornamentación y hasta sus dimensiones, no despiertan en quienes les contemplan el recuerdo del arte delicado y poético del genio helénico, sino la idea de fuerza, el ansia de dominio y la pasión guerrera que enaltecieron el alma de Roma. Así, pues, aun en la esfera de acción donde una raza se muestre menos personal, no puede dar un paso sin dejar alguna huella que revele algo de su constitución mental y de su íntimo pensamiento.

Es que, en efecto, el artista verdadero, ya sea arquitecto, ya sea literato, posee la facultad mágica de traducir en sus obras, de un modo sintético, el alma de una época y de una raza. Muy impresionables, muy inconscientes, piensan sobre todo por imágenes y razonan poco. Los artistas son, en ciertas épocas, los espejos fieles de la sociedad de su tiempo; sus obras, los más exactos documentos que se pueden invocar para reconstituir una civilización. Son bastante inconscientes para no ser sinceros y están bastante impresionados por el medio que les rodea para no traducir fielmente las ideas, los sentimientos y las necesidades de la sociedad en que viven. No tienen libertad y en esto estriba su fuerza; están encerrados en una red de tradiciones, de ideas, de creencias, cuyo conjunto constituye el alma de las razas y los tiempos, la herencia de sentimientos, de pensamientos, de inspiraciones cuya influencia es en ellos tan poderosa

porque gobierna las regiones de lo inconsciente, donde sus obras se elaboran como concepción á realizar. Si sus obras no existiesen no sabríamos de siglos pasados sino las falsas relaciones y los datos escasos que contienen los libros de la Historia respecto á muchos de ellos; el verdadero pasado nos sería casi desconocido, permaneciendo encerrado en el misterio.

Lo propio, pues, de las obras del arte real es expresar sinceramente las necesidades y las ideas de los tiempos que les han visto nacer. De todos los diferentes lenguajes que relatan el pasado, es el de las artes, sobre todo el de la arquitectura, el más inteligible. Más sinceras que los libros las obras artísticas, menos artificiosas que las religiones y que los idiomas, traducen á la par sentimientos y necesidades. El arquitecto es el constructor de la morada del hombre y de la de los dioses, y fué siempre en los recintos de los templos ó en el del hogar donde se elaboraron las causas primeras de los acontecimientos que constituyen la Historia.

De lo que precede podemos deducir: que si los diferentes elementos de que una civilización se compone son en verdad la expresión completa del alma del pueblo que les ha creado, algunos de ellos, variables según las razas y respecto á una misma raza, según los tiempos, traducen mucho mejor que otros el alma de aquéllas.

Puesto que la naturaleza de dichos elementos

varía de un pueblo á otro y de uno á otro tiempo, es indudable que no se puede hallar uno que sirva de común medida para apreciar todas las civilizaciones.

Es asimismo evidente que no se puede establecer entre estos elementos una clasificación jerárquica, porque ésta tendrá que variar de uno á otro siglo, dado que la importancia de los elementos considerados varía con las épocas.

Si no aprecia el valor de los diversos elementos de una civilización más que por su utilidad pura, podrá decirse que los más importantes son aquellos que permiten á un pueblo avasallar á los otros; es decir, las instituciones militares. Entonces habrá que colocar á los griegos, artistas, filósofos y literatos, detrás de las rudas cohortes romanas; á los discretos y sabios egipcios, detrás de los persas semibárbaros, y á los indios, detrás de los mongoles, semibárbaros también.

La historia no se preocupa de distinciones inútiles. La única superioridad ante la cual se inclina es la militar, siendo así que ésta va muy raramente acompañada de una superioridad análoga á ella en los otros elementos de la civilización ó al menos, si la hubiere, no la deja subsistir mucho tiempo á su lado. La superioridad militar en un pueblo no puede, por desgracia, debilitarse, sin que se vea éste pronto condenado á desaparecer. Por esto, cuando los pueblos han llegado al apogeo de

la civilización, se han visto obligados á ceder su predominio á otros pueblos bárbaros muy por bajo de ellos en inteligencia, pero dotados de cierta fuerza de carácter y de un valor guerrero que las civilizaciones refinadas han concluído siempre por destruir.

Es forzoso llegar á esta conclusión: que los elementos filosóficamente inferiores de una civilización son socialmente los más importantes. Si las leyes del porvenir han de ser las del pasado, se puede afirmar que nada tan adverso para la continuación de la historia de un pueblo como haber llegado á un alto grado de inteligencia y de cultura. Los pueblos perecen cuando se alteran las cualidades de carácter que forman la trama de su alma y estas cualidades se alteran á la par que se va engrandeciendo su civilización y su inteligencia.

CAPITULO II

CÓMO SE TRANSFORMAN LAS INSTITUCIONES, LAS RELIGIONES Y LAS LENGUAS

Las razas superiores no pueden, como no pueden tampoco las inferiores, transformar bruscamente su civilización. Contradicciones presentadas por los pueblos que han cambiado sus religiones, sus idiomas y sus artes.—El caso del Japón.—En que tales cambios no son sino aparentes.—Transformaciones profundas operadas en el budismo, el brahmanismo, el islamismo y el cristianismo á través de las razas que les han adoptado.—Variaciones que experimentan las instituciones y las lenguas, según las razas que las adoptan.—Cómo las palabras consideradas correspondientes entre sí de una á otra lengua, representan asimismo ideas y modos de pensar muy desemejantes.—Imposibilidad, por esta razón, de traducir ciertas lenguas.—Por qué en los libros de historia la civilización parece á veces sufrir cambios profundos.—Límites de la influencia recíproca de diversas civilizaciones.

En un trabajo publicado ya, hemos puesto de manifiesto que las razas superiores no pueden hacer aceptar ni tampoco imponer su civilización á las inferiores. Tomando uno por uno los más poderosos medios de acción de que disponen los europeos, la educación, las instituciones y las creencias, hemos de mostrar su insuficiencia abso-

luta para cambiar el estado social de los pueblos inferiores. Hemos sentado el principio de que todos los elementos de una civilización corresponden á cierta constitución mental bien definida, creada por un largo pasado hereditario, y es imposible modificarles sin cambiar la constitución mental de donde se derivan. Los siglos solamente, y no los conquistadores, pueden llenar esa tarea. Hemos hecho también ver que sólo por una serie de etapas sucesivas, análogas á las que recorrieron los bárbaros destructores de la civilización grecorromana, puede un pueblo ir elevándose en la escala de la civilización. Si por medio de la educación se quiere evitar á un pueblo su transcurso por tales etapas, solamente se conseguirá desorganizar su moral y su inteligencia y llevarle á un nivel inferior á aquel adonde había llegado por sí mismo.

La argumentación que á las razas inferiores hemos aplicado, es también aplicable á las superiores. Si los principios que hemos expuesto en esta obra son exactos, deberemos deducir que las razas superiores no pueden tampoco transformar bruscamente su civilización. Les es también necesario el transcurso del tiempo y la marcha por etapas sucesivas. Si bien es cierto que á veces parece que los pueblos superiores han adoptado creencias, instituciones, idiomas y artes diferentes de los de sus antepasados, llegados á ellos por ley

de herencia, en realidad esto no es sino tras haberlas transformado lentamente, en armonía con su constitución mental.

La historia parece que contradice á cada página la afirmación precedente. Se ve con frecuencia que los pueblos cambian los elementos de su civilización y adoptan nuevas religiones, instituciones y lenguas nuevas. Los unos abandonan creencias muy seculares para convertirse al cristianismo, al islamismo ó al budismo; otros transforman su lengua materna; otros, en fin, modifican sus instituciones y sus artes. Parece que es bastante un conquistador, un apóstol ó el mero capricho para producir tales transformaciones.

Pero en los relatos de tales bruscas revoluciones, la historia no hace sino realizar uno de sus habituales defectos: crear y propagar grandes errores. Cuando se estudian atentamente estos pretendidos cambios, pronto se ve que sólo varían los nombres de las cosas en realidad, mientras que la substancia que se encierra tras las palabras permanece viva y no se transforma sino con extrema lentitud.

Para probarlo y mostrar á la vez cómo tras las denominaciones modificadas se cumple la lenta evolución de las cosas, bastará con estudiar los elementos de civilización de cada pueblo, es decir, revisar su historia. Dejando aparte los numerosos elementos de que una civilización se com-

pone, elegiré solamente uno como ejemplo: las artes.

Antes de estudiar en capítulo aparte el estudio de la evolución que realizan las artes al pasar de un pueblo á otro, diré algo respecto á los cambios que experimentan los otros elementos de la civilización, á fin de demostrar que las leyes aplicables á uno cualquiera de ellos son asimismo aplicables á los demás, y que si las artes se hallan en relación con cierta constitución mental de los pueblos, las lenguas, las instituciones, las creencias, etc., lo están igualmente y por tanto no pueden cambiar de un modo brusco ni pasar indiferentemente de un pueblo á otro (1).

(1) No trataré aquí el caso del Japón, del que me he ocupado ya otra vez, y sobre el cual volveré seguramente alguna otra. Creo imposible estudiar en algunas páginas, á lo que ahora tendría que circunscribirme, una cuestión respecto á la cual hombres de Estado eminentes se forjan ilusiones muy grandes, y son, por desgracia, imitados en esto por algunos filósofos poco esclarecidos. El prestigio de los triunfos militares, aunque sean obtenidos sobre simples bárbaros, es aún tenido, para bien de los espíritus, como único criterio para juzgar del nivel de una civilización. Se puede organizar á la europea un ejército de negros, y porque sepan manejar los fusiles y los cañones no se va á modificar su inferioridad mental ni cuantas de ella se derivan. El barniz de civilización europea que recubre ahora al Japón no corresponde, ni con mucho, al estado mental de la raza.

En lo concerniente á las creencias religiosas sobre todo, puede parecer paradógica esta teoría y por lo mismo en la historia de estas creencias es donde pueden hallarse los más eficaces ejemplos que utilizar en apoyo de nuestra afirmación de que es tan imposible á un pueblo cambiar sus elementos de civilización de una manera brusca, como á un individuo cualquiera cambiar su talla ó el color de sus ojos.

Nadie ignora que todas las grandes religiones: la brahámica, la budista, el cristianismo, el islamismo, han provocado conversiones en grandes masas, de razas enteras que han parecido adoptarlas por completo; pero cuando se ahonda un poco en el estudio de estas conversiones, se comprende bien pronto que lo que tales pueblos han cambiado sólo ha sido el nombre de sus religiones antiguas y no la religión misma; que en realidad las creencias adoptadas han experimentado las transformaciones necesarias para mostrarse en cierta armonía con las viejas creencias que han venido á reemplazar, pero de las cuales no son en realidad sino una forma de continuación.

Las transformaciones experimentadas por las creencias al pasar de un pueblo á otro, son con frecuencia tan considerables que la religión nuevamente adoptada no conserva sino un ligero parentesco con aquella cuyo nombre lleva. El mejor ejemplo de esto nos le ofrece el budismo, que

transportado á China ha llegado al punto de que muchos sabios le tomasen por una religión del todo nueva y han tardado mucho tiempo en reconocer que se trataba del budismo transformado por la raza que le adoptara. El budismo chino tampoco es el budismo de la India, muy distinto del de Népal, el cual á su vez dista mucho del de Ceylán. En la India el budismo sólo fué un cisma del brahmanismo, que le había precedido, y del cual en el fondo difiere poco; en China fué también un cisma de creencias anteriores, con las cuales se relaciona y armoniza estrechamente.

Lo que está rigurosamente demostrado respecto al budismo no lo está menos respecto al brahmanismo. Las razas de la India son muy diversas, y es de presumir que bajo nombres idénticos deben tener creencias religiosas también diversas en extremo. Sin duda que todos los pueblos brahminicos consideran á Visnu y á Siva como sus divinidades principales y los Vedas, como sus libros sagrados; pero los dioses fundamentales no han dejado en las religiones más que sus nombres, ni los libros más que sus textos; al lado de ellos se han formado cultos innumerables donde se hallan, según las razas, las más variadas creencias: monoteísmo, politeísmo, fetichismo, panteísmo, culto de los antepasados, de los demonios, de los animales, etc. A no juzgar de los cultos de la India sino por lo

que dicen los Vedas, no se tendría la más ligera idea de los dioses ni de las creencias que rigen en la inmensa península. Los títulos de los libros sagrados son venerados entre todos los brahmanes, pero de la religión que aquéllos enseñan no resta generalmente nada.

El islamismo, á pesar de la simplicidad de su monoteísmo, no escapa á esta ley: hay mucha distancia del islamismo de los persas, al de los árabes, al de la India, esencialmente politeísta, y que ha hecho politeísta la más monoteísta de todas las religiones. Para los cincuenta millones de islamitas que hay en la India, Mahoma y los santos del Islam no son sino dioses nuevos añadidos á millares de otros, que vienen reconociendo de muy antiguo. El islamismo no ha conseguido, pues, establecer en la India la igualdad de todos los hombres, que fué una de las razones de su triunfo: los musulmanes indostánicos practican, como los demás indios, el sistema de castas. En el Dekan, en las poblaciones dravidianas, el islamismo está de tal manera modificado, que casi nada le diferencia del brahmanismo; no se distinguiría de éste si no fuese por el nombre de Mahoma y sin la mezquita, donde Mahoma considerado como un dios, es adorado.

No es necesario ir hasta la India para ver las modificaciones profundas que ha experimentado el islamismo pasando de una á otra raza. Es su-

ficiente recordar la gran posesión francesa de la Argelia. En ella coexisten dos razas muy diferentes: árabes y bereberes, igualmente musulmanes; el islamismo de los primeros se aleja del de los segundos; la poligamia del Corán se ha convertido en monogamia entre los bereberes, cuya religión no es casi nada más que una fusión del islamismo con el antiguo paganismo que practicaron en tiempos remotos, bajo el dominio de Cartago.

Las religiones de la Europa tampoco se sustraen á la ley de su transformación á través de las razas que las adoptan. Como en la India, se abandona la letra de los dogmas contenidos en los sagrados textos, y éstos quedan así reducidos á ser vanas fórmulas, de las cuales cada raza interpreta el sentido á su manera. Bajo la común denominación de cristianos se hallan en Europa verdaderos paganos, tales como los bajobretones: adoradores de ídolos; fetichistas, como los españoles que veneran los amuletos; politeístas, como los italianos, que dan culto á las madonas, como si fueran imágenes de divinidades diferentes entre sí.

Extendiendo algo más nuestras indagaciones nos será fácil demostrar que el gran cisma de la Reforma fué la consecuencia necesaria de la interpretación de un mismo libro religioso, hecha por razas diferentes. Las del Norte, que gustan de discutir sus propias creencias y regular por sí mismas sudirección, y las del Sur, que se aferran á

sus antiguos puntos de vista respecto á la independencia y al espíritu filosófico.

Estos son los hechos cuyo desenvolvimiento nos conducirá bastante lejos. Debemos pasar más ligeramente sobre los demás elementos fundamentales de la civilización: las instituciones y las lenguas, porque sería necesario entrar en detalles técnicos que se extenderían hasta más allá de los límites propios de este trabajo. Lo que para las creencias es verdad, asimismo lo es para las instituciones; éstas no pueden transmitirse de un pueblo á otro sin transformarse.

Podría citar en apoyo de esto muchos ejemplos, pero me conformo con rogar al lector que considere solamente cuánto en los tiempos modernos las mismas instituciones, impuestas por la fuerza ó la persuasión, se transforman á través de las razas conservando respecto á todas, sin embargo, nombres idénticos. Ya demostraré esto mismo en un próximo capítulo, respecto á diversas regiones de América.

Las instituciones son en realidad la consecuencia de necesidades sobre las cuales la voluntad de una sola generación de hombres no ejercerá acción alguna. Para cada raza y para cada faz de la evolución de la misma hay condiciones de existencia, de sentimientos, de pensamientos, de opinión, de influencias hereditarias que implican ciertas instituciones y excluyen otras. Las fórmulas gubernamentales

mentales entrañan una gran fuerza. Jamás le ha sido dado á un pueblo escoger las instituciones que le hayan parecido mejores, y si algún raro accidente permite escogerlas no sabrá conservar las instituciones que escoja. Las numerosas revoluciones y los cambios sucesivos de constitución á que venimos entregándonos desde hace un siglo, constituyen una experiencia que tras largo tiempo fijará en este punto la atención de los hombres de Estado. Yo creo que solamente en el cerebro de los locos y en la estrechez de juicio de algunos fanáticos persiste la idea de que los cambios importantes de la sociedad se puedan hacer á fuerza de decretos. El único papel útil que hacen las instituciones es el de dar una sanción legal á los cambios que la costumbre y la opinión han concluído por aceptar. Ellas siguen á tales cambios, pero no les preceden. No son las instituciones, pues, las que han modificado el carácter y el pensamiento del hombre. No es con ellas con lo que se hace á un pueblo religioso ó escéptico, que él aprende á conducirse á sí mismo lejos de pedir al Estado que le forje cadenas.

No diré más respecto á las lenguas de lo que respecto á las instituciones acabo de decir y me limitaré á dejar sentado que tan pronto como un idioma queda fijado por la escritura se transforma al pasar de un pueblo á otro; esta afirmación es á la par un argumento poderoso contra la absurda

idea de un idioma universal. Sin duda antes de transcurrir dos siglos después de la Conquista, los galos, no obstante la inmensa superioridad de su número, habían adoptado la lengua latina; pero aquel pueblo fué transformando esta lengua según sus necesidades y la lógica peculiar de su espíritu. De esta transformación ha salido finalmente el francés moderno.

Diferentes razas no podrán hablar durante mucho tiempo un mismo idioma. Los azares de las conquistas, los intereses comerciales de cada una de aquéllas podrán sin duda impulsar á un pueblo á adoptar otra lengua diferente de su lengua materna; pero á las pocas generaciones la lengua adoptada estará enteramente transformada, y la transformación será tanto más honda cuanto más diferente sea la raza adoptante de la lengua, de aquella de quien la tomó.

Se puede estar siempre seguros de hallar lenguas desemejantes en los países donde coexisten razas diferentes. La India nos facilita de ello un ejemplo excelente. La gran península está habitada por razas numerosas y diferentes; no es de extrañar que allí cuenten los sabios hasta doscientas cuarenta lenguas distintas, más diferentes las unas de las otras que lo es el idioma griego del francés. ¡Doscientas cuarenta lenguas y además alrededor de trescientos dialectos! De todas estas lenguas la más extendida es muy moderna: sólo tiene escasa-

mente tres siglos de existencia; es la indostánica, formada por la combinación del idioma persa y del árabe que hablaban los conquistadores musulmanes, con el indio, una de las lenguas más extendidas en las regiones invadidas. Conquistadores y conquistados olvidaron pronto su respectiva lengua materna para hablar la lengua nueva adaptada á las necesidades de la nueva raza producida por el cruzamiento de diversos pueblos puestos en contacto.

No he de insistir más en este punto, y asimismo estoy obligado á limitarme á indicar las ideas fundamentales. Si yo hubiese de darlas el necesario desenvolvimiento, diría que cuando los pueblos son diferentes, las palabras consideradas como correspondientes entre los respectivos idiomas representan modos de pensar y sentir de tal modo alejados que convencen en realidad sus lenguas, no tienen voces recíprocamente sinónimas, y que la traducción real de la una á la otra es imposible. Esto se comprende mejor viendo cómo en el transcurso de algunos siglos, en el mismo país y la misma raza, una misma palabra corresponderá á ideas, de todo punto diferentes.

Lo que las palabras antiguas representan son las ideas de los hombres de otro tiempo. Las palabras, que son en su origen signos de cosas reales, tendrán pronto deformado su sentido por consecuencia del cambio de ideas y de costumbres. Si

atendemos á los signos de expresión usados ahora, nos hallaremos que es muy difícil cambiar su sentido, y sin embargo no hay ya más que una ligera correspondencia entre lo que significaron y lo que ahora significan. Si se trata de un pueblo muy distante de nosotros en el tiempo y de una civilización muy diferente de la nuestra, las traducciones de su idioma al nuestro no pueden dar sino palabras completamente vacías del sentido real primitivo de las traducidas; es decir, que evocarán en nuestro espíritu ideas sin parentesco alguno con aquellas que evocaran antiguamente. Este fenómeno es muy saliente en la India. En este pueblo, de ideas flotantes, cuya lógica es muy diferente de la nuestra, las palabras carecen del sonido preciso y concreto que los siglos y la genialidad de nuestro espíritu han concluído por darles en Europa. Allí hay libros, como los Vedas, cuya traducción es imposible (1). Penetrar en el pensamiento de individuos con los cuales vivimos; pero de los que ciertas diferencias de edad, de sexo y de educación nos separan, es ya bastante difícil; penetrar en el pensamiento de razas sobre las que gravita el peso

(1) Hablando de las numerosas tentativas que se han hecho de traducir los Vedas, un eminente indianista, monsieur Barth, dice: Un resultado se deduce de estos estudios tan diversos y á veces tan contradictorios, y es el convencimiento de nuestra impotencia para traducir tales documentos en el verdadero sentido de la palabra.

de los siglos, es una cosa que ningún sabio podrá lograr por mucho que lo intente. Toda la ciencia que se pueda adquirir no servirá sino para mostrarnos la completa inutilidad de tal tentativa.

Por breves y poco desenvueltos que sean los ejemplos precedentes son bastante para demostrar la profundidad de las transformaciones que los pueblos hacen sufrir á los elementos de civilización por ellos adoptados. Las adopciones de esta índole parecen á primera vista muy intensas porque los nombres de las cosas cambian bruscamente; pero en realidad son poco importantes. Con los siglos, gracias al lento trabajo de las generaciones y por efecto de adiciones sucesivas, el elemento adoptado acaba por diferir mucho de aquel á quien sustituyó al principio. De estas variaciones, la historia, que se atiene sobre todo á las apariencias, casi no se cuida, y cuando nos dice, por ejemplo, que un pueblo adoptó una religión nueva, lo que en seguida nos representamos no es la creencia que fué adoptada, sino la religión que lleva su nombre tal como la conocemos hoy. Es necesario penetrar en el íntimo estudio de las lentas adaptaciones para comprender bien su génesis y estimar las diferencias que separan las palabras de las realidades.

La historia de todas las civilizaciones nos muestra que se componen de adaptaciones lentas, de transformaciones sucesivas. Si éstas nos parecen

súbitas y considerables es porque, como en geología, se hace caso omiso de los aspectos intermedios para no considerar sino los extremos.

En realidad, por inteligente y bien dotado que á un pueblo se le suponga, su facultad de absorción para un elemento nuevo de civilización es siempre muy escasa. Las células cerebrales no se asimilan en un día lo que ha necesitado siglos para constituirse y lo que es adaptado á sentimientos y necesidades de organismos diferentes de los que ahora le adoptan. Las lentas acumulaciones hereditarias son las que únicamente pueden producir tal asimilación. Cuando estudiemos la evolución de las artes en el pueblo más inteligente de la antigüedad; en Grecia, veremos que necesitó bastantes siglos para salir de las groseras copias de los modelos de la Asiria y del Egipto y llegar, de etapa en etapa sucesivas, á la producción de esas obras maestras que la humanidad aún admira.

Todos los pueblos que se han sucedido en la historia—excepto algunos primitivos, como los egipcios y caldeos—no han tenido casi más que asimilarse, transformándolas según su constitución mental, los elementos de civilización que forman la herencia del pasado. El desenvolvimiento de las civilizaciones ha sido infinitamente más lento y la historia en los diversos pueblos no ha sido sino un *volver á empezar*, si no podían aprovechar ma-

terias elaboradas antes de ellos. Las civilizaciones creadas hace siete ú ocho mil años por los habitantes del Egipto y de la Caldea, han constituido una fuente de materias adonde todas las naciones han venido á surtirse de elementos de civilización. Las artes griegas nacieron de las creadas en los márgenes del Tigris y del Nilo; del estilo griego salió el romano que, mezclado con elementos orientales, ha producido el bizantino, el románico y el gótico, sucesivamente; estilos variables según el genio y la edad de los pueblos en que se han implantado, pero que tienen un origen común.

Lo que acabamos de decir de las artes es aplicable asimismo á todos los elementos de una civilización. Las lenguas europeas se derivan de una lengua madre hablada en la llanura central del Asia; nuestro derecho es hijo del romano, hijo á su vez de derechos anteriores. La religión judía se deriva directamente de la religión caldea. Asociada á algunas creencias arias, ha venido á ser la gran religión que rige las conciencias en los pueblos de Occidente desde hace dos mil años. Nuestras ciencias mismas no serían hoy lo que son, sin la lenta labor que han realizado los siglos. Los grandes astrónomos Copérnico, Queplero, Newton, se enlazan con Ptolomeo, cuyos libros sirvieron para la enseñanza hasta el siglo XV y Ptolomeo, asimismo, está encadenado al saber de egipcios y caldeos, mediante la escuela alejandrina. Nosotros

entrevemos también, no obstante las formidables lagunas de que se halla plagada la historia de la civilización, una lenta evolución de nuestros conocimientos, que nos hace remontarnos á través de las edades y de los imperios hasta la aurora de las antiguas civilizaciones, que la ciencia moderna procura enlazar á los tiempos prehistóricos. Pero si bien es verdad que la fuente de elementos es común á todas las civilizaciones, las transformaciones—progresivas ó regresivas—que cada pueblo, según su constitución mental, hace experimentar á dichos elementos, son harto variadas, y es la historia de tales transformaciones la que constituye precisamente la historia de las civilizaciones.

Acabamos de comprobar que los elementos fundamentales de que se compone cualquiera civilización son individuales respecto de cada pueblo, son el resultado, la expresión de una estructura mental y que no pueden, por tanto, pasar de una raza á otra sin sufrir cambios muy profundos. Hemos visto también que más que la extensión de estos cambios son, de una parte, las necesidades lingüísticas las que nos obligan á designar bajo voces idénticas cosas bastante diferentes y, de otra parte, las necesidades históricas las que conducen á no ver más que las formas extremas de una civilización, sin considerar las intermedias que las enlazan. Estudiando en el próximo capítulo las leyes

generales de la evolución de las artes mostraremos con más precisión aún la sucesión de los cambios que se operan en los elementos fundamentales de una civilización cuando pasan de un pueblo á otro.

CAPÍTULO III

CÓMO SE TRANSFORMAN LAS ARTES

Aplicación de los principios precedentemente expuestos al estudio de la evolución de las artes en los pueblos orientales.—El Egipto.—Ideas religiosas de donde sus artes se derivan.—Lo que cambian sus artes, transportadas á razas diferentes: etiópica, griegos, persas.—Inferioridad primitiva del arte griego.—Lentitud de su evolución.—Adopción y evolución en Persia del arte griego, del arte egipcio y del arte asirio.—Transformaciones experimentadas por las artes dependientes de la raza, y nunca de las creencias religiosas.—Ejemplos que suministran las grandes transformaciones experimentadas por el arte árabe, según las razas que han adoptado el islamismo.—Aplicación de nuestros principios á la indagación de los orígenes y de la evolución de las artes de la India.—La India y la Grecia han tenido las mismas fuentes, pero á causa de la diferencia de razas que hay entre ellas han llegado sus artes á no parecerse.—Transformaciones inmensas que la arquitectura ha experimentado en la India, según las múltiples razas y no obstante la semejanza de creencias que hay entre ellas.

Examinando las relaciones que ligan la constitución mental de los pueblos, sus instituciones, sus creencias y su lengua, debo limitarme á breves indicaciones. Para tratar debidamente tales asuntos, es necesario llenar varios volúmenes.

En lo que concierne á las artes es mucho más fácil hacer una exposición breve y clara. Una insti-